

Cuando la editorial Erein me propuso prologar un libro en el que se recogen pensamientos y opiniones de Koldo Mitxelena tuve sentimientos encontrados. Por un lado alegría, por ver cómo la figura y el pensamiento de Koldo mantienen una total actualidad; por otro, preocupación, pues si bien tuve el privilegio de conocerle y disfrutar de su amistad, no me considero capaz de abordar tantos y tan variados aspectos, algunos aparentemente contradictorios, de la personalidad y obra de Koldo, eje vertebral y vertebrador de una generación de nuestra cultura. Pero otros me han elegido: de ellos es pues, al menos en parte, la responsabilidad. En todo caso es un honor poder decir algo sobre una persona que, además de producir una obra de tal envergadura que cualquier descripción por somera que fuese podría parecer hiperbólica, ha sido un ejemplo de honradez y lealtad a sus ideas y al País. Algún día nos percataremos de la contribución de Koldo al euskara, a la Universidad, a la vertebración del País, todo ello desde una perspectiva siempre integradora.

Mis primeros recuerdos de Koldo se remontan a la época en que anduvo por el valle del Roncal haciendo unas encuestas lingüísticas y trabó conocimiento y pronto amistad con mi padre. Les unía el vasquismo y el amor a un País en el que ambos confiaban y a cuyo desarrollo contribuían, cada cual a su manera. Desde entonces mantuve con Koldo una relación afectuosa que, con el tiempo, llegó a tener una textura que me atrevería a calificar casi de paterno-filial: nunca me faltó su apoyo y consejo en mi trayectoria tanto personal como profesional; por lo que a mí respecta, traté de ser fiel y corresponder a la confianza que tenía depositada en mí, primero como amigo y hombre de ciencia, luego como Consejero de Educación y Cultura, nombramiento al

que quizás Koldo Mitxelena no fue del todo ajeno. Es, por tanto, inevitable que el balance de estas breves líneas se convierta en testimonio de unas deudas que nunca podré saldar.

No es este lugar ni momento para analizar las aportaciones científicas de Koldo Mitxelena, cuestión que, por otra parte, de ninguna manera puedo yo abordar, lo que, a buen seguro, no ignoran quienes me han encomendado este prólogo. Pero como son las contribuciones científicas de Koldo lo que han hecho de él la figura que conocemos, procuraré esbozar ciertos rasgos de su personalidad, sin los cuales esas aportaciones científicas hubieran sido otras. Poco importa saber cuánto hay de innato y cuánto de adquirido, cuánto hay de caracteriológico y cuánto de método en esos rasgos y proceder; lo que procede es sacar rendimiento a los talentos recibidos, única forma de “entrar en el gozo del Señor”, según la parábola que Koldo citaba tantas veces.

Koldo Mitxelena, que tenía una forma singular de interesarse por las cosas que uno hace y piensa, fue para mí un modelo de cómo se busca: preguntaba, observaba y volvía a preguntar, pero esta vez desde un ángulo muy distinto del de la primera pregunta. He llamado *forma singular* a lo que parece tener todas las trazas de la dialéctica socrática, pero me resulta difícil no ver, tras la mayéutica de Mitxelena, la cautela propia de los años vividos en la clandestinidad, la necesidad de rastrear el terreno que pisaba. En todo caso, era un examinador sabio que, en lugar de mostrar su sabiduría, estimulaba la confianza de su interlocutor, aguzaba su ingenio, lo ponía en el brete de dudar sobre cuestiones que hasta entonces había tenido por certezas. Ejercía un magisterio muy acorde con la descripción de Albert Einstein: “El arte más importante del maestro es provocar el conocimiento y la alegría de la acción creadora”. Sabía, en suma, que el único modo de entender las cosas más allá de lo pragmático es preguntar por ellas, ya que las preguntas abarcan siempre más que las respuestas: mientras las respuestas atienden a las certezas que precisa el presente, las respuestas buscan el conocimiento que prepare el futuro.

Semanas después de la muerte de Koldo, el académico de la Real Academia Española Emilio Alarcos le dedicó un sentido obi-

tuario en el que, entre otras cosas decía: “Mitxelena fue un sabio, un insaciable aprehensor de conocimientos. Y no sólo lingüísticos, sino de toda laya”. Efectivamente: hombre curioso, no había disciplina o cuestión que le fueran ajenas. “Excepto química orgánica, he dado todas las materias”, recordaba Koldo sus años de profesor particular y en el instituto de Torrelavega: Era hijo de una época y, sobre todo, de una mentalidad en la que ser especialista en una disciplina requería, más por probidad intelectual que por exigencia profesional, abrir la inteligencia a otras disciplinas y otros saberes. Le interesaba el futuro de la ciencia, procuraba estar al tanto del devenir de las grandes manifestaciones culturales y artísticas, pero nunca perdía de vista la perspectiva de la belleza humilde pero sincera que puede haber, por ejemplo, en un poema de Lizardi. Estaba también atento a las innovaciones y contribuciones técnicas; además de la literatura, por la que profesaba una veneración que tiene mucho que ver con la nostalgia por los sueños no cumplidos de ser escritor, amaba el cine y se interesaba por la televisión.

Es fácil ver en su inmensa curiosidad la fuente de su discurso oral aparentemente deshilvanado: múltiples fuentes de información irrumpían en su hilo discursivo, desviándolo, matizándolo, explayándolo. Lo que a primera vista podía parecer caótico era, en realidad, producto de una mente inquisitiva que, en cuanto afirmaba algo, establecía inmediatamente los mecanismos correspondientes de control y crítica de lo ya afirmado.

Dotado de una memoria extraordinaria, era un placer escucharle cómo relacionaba hechos, fechas y personajes o la naturalidad con que las citas textuales acudían a su conversación. Pero no todo era innato en su prodigiosa memoria: había práctica y método en sus memorizaciones, como si temiera que alguien algún día fuera a convertir en realidad la ficción terrible de Fahrenheit 451.

Siempre admiré su racionalidad a prueba de euforias y misticismos. Amaba las cosas sin idolatrarlas y así amaba también a su país y a su lengua. No estaba de acuerdo, es obvio, con la realidad que le rodeaba ni con las circunstancias históricas que le tocaron en suerte, pero en lugar de cobijarse en un inane victimismo o de soñar hipotéticos futuros, se aferraba al presente con un discurso

que entre nosotros ha tenido siempre poco predicamento: “no es lo que yo quisiera, pero es lo que tengo más a mano”. Aplicaba ese racionalismo tanto a su actividad científica como cívica, lo que decía siempre se correspondía con lo que pensaba o con lo que buscaba, no había fisuras entre pensamiento y vida. Pero no hay que ver frialdad o desapasionamiento en su racionalidad: en determinados momentos, en los que algo que amara o respetara no cumplía sus expectativas, su racionalidad dejaba paso a la liberalidad.

Quien conoció a Koldo recordará su apasionamiento, la fuerza con la que entraba al trapo de las cuestiones que más le preocupaban, el desabrimiento con el que polemizaba. Pero sus acometidas eran contra ideas o contra las actuaciones, no contra las personas, y, las pocas veces que polemizaba *ad hominem*, era porque el interlocutor había utilizado previamente ese flanco.

En realidad Koldo Mitxelena era, sobre todo, un hombre. Un hombre bueno y auténtico.

P. M. ETXENIKE
DONOSTIA 2001